



— Señora, yo traer de todo: regalos, marrullerías, engaños, todo... menos dinero.

## CHARLA INSUSTANCIAL

¡Libreme Dios de meterme en cosas de sustancia y más aun de dar mi opinión sobre las múltiples cuestiones que se agitan á nuestro alrededor, por más que las veo, las juzgo y hasta las sentencio!

Pero estas visiones, juicios y sentencias me los reservo para mejor ocasión, es decir, para cuando no haga falta decirlas y á nadie le importe conocerlas.

Mi silencio obedece á altas razones de conveniencia social aparentemente, pero en realidad es hijo natural y hasta racional del miedo, porque mis opiniones no alterarían la marcha de nadie, ni influirían siquiera en el criterio de Lladó respec-

to á la recogida de basuras, ni en el de Vinaixa acerca de las aguas potables ó las de Carraté respecto á los alcoholes de dudosa potabilidad, pero ya que por insignificantes no influirían en la cosa pública, pudieran exaltar la bilis privada de cualquiera y ponerme en el caso de tener que declarar *urbi et orbe* que no estoy dispuesto á defender mis opiniones espada en mano, ni á tiros ni á vulgar estacazo, declarando de ahora para siempre que retiro y doy por no escritas ni pronunciadas las palabras que resulten molestas para cualquier ciudadano que esté dispuesto á empuñar los truculentos avíos de extender pasaporte para el otro mundo. Sería lo lógico discutir el pro y el contra de todas las cuestiones y elegir lo que resultara mejor ó menos malo; pero no sería humano en ninguna parte y menos en la patria del Cid y de Bernardo el de Roncesvalles.

Dejémonos, pues, de críticas y de historias y, como el doctor Pangloss, pensemos que marcha todo perfectamente, ya que pudiera ir peor de lo que va.

Convengamos en que el hombre es tirano por naturaleza y que cada uno esgrime la estaca y la deja caer sobre las espaldas del prójimo cuando le es posible, unas veces en nombre de Dios y otras en nombre del diablo y siempre por virtud del desarreglo moral que nos produce el considerarnos fuertes y hallarnos en situación de hacerlo comprender á los demás, aunque no sea de otro modo que con la amenaza ó la efectividad del estacazo, última *ratio* de los tiempos pasados, presentes y futuros.

Así que, en vez de apoyar nuestros razonamientos en las opiniones de Platón, de Aristóteles y Guñalons, ó de cualquier otro filósofo, haremos mejor con reforzarlos con sentencias de Pini, de Raku ó de Jeffries, ya que un argumento contundente vale más que una razón convincente.

Si no estamos en disposición de sostener un asalto vale más que nos callemos, que no siempre se consigue recoger los laureles del combate habiéndose escondido como una rata en las horas de pelea, y no vaya á creerse que aludimos á Iglesias Ambrosio el Heroico.



EL FINAL DE UNA DENUNCIA.—||El triunfo de Lladó ||



CONSUELO Y ANGELINA BAILO

Aplaudidas tipes que acaban de regresar de Buenos Aires, después de hacer una brillante campaña artística en el Teatro Nacional de aquella ciudad.

Callemos pues, no sea cosa de que si decimos que no vale la pena de pagar curas para que nos tiren los bonetes á la cabeza, nos salga algún mitrado enviándonos los padrinos, y no para que nos bauticen, sino para que nos rompan la crisma.

Dejemos las cuestiones sociales, no sea cosa de que los unos nos deterioren, sin padrinos ni nada, ó los otros nos descoynten con todos los requisitos pertinentes al caso.

Crean mis lectores que la libertad es un pajaraco como el ave fénix, de la que todos hablan sin que nadie la haya visto, pues si alguno tropezara con ella no sería tan cándido que la hiciese un altar y la colocara en un templo, sino que la desplumaría y la asaría á la parrilla, atracándose de libertad, dando algunos desperdicios á los que hubieran ayudado á cazarla y arrojando á los demás los huesos y las plumas.

Así, pues, ¡oh lector de mi alma!, cuando haya que dirigir censuras, hay que esperar el momento oportuno, cuando el objeto de ellas esté imposibilitado para contestarlas á estacazos, porque de otro modo se corre un peligro muy serio, sin que quepa el consuelo de haber producido bien alguno.

Si se suprimieran las consecuencias que ha producido el perfeccionamiento y la difusión de las armas ofensivas, volveríamos á encontrarnos en plena Edad Media, y si extremáramos la supresión hasta quedarnos en los tiempos primitivos, volveríamos á ver asesinar á nuestros hermanos con la quijada de un burro.

Es decir, que Eibar hace por la civilización hispana mucho más de lo que hizo la Universidad

de Salamanca y lo que hará la regeneración pedagógica que idea Canalejas.

Posible es que te resulte oscuro algo de lo que llevo dicho; pero si á lo de oscuro añades que huele á queso, comprenderás que yo piense y practique lo de «peor es meneallo», y si recuerdas la escena en que don Quijote dijo tales palabras y á qué acción de su escudero se refería acabarás de explicarte mi modo de dejar de obrar.

SOLFANELLO.

## LOS HOMBRES Y EL ESPEJO

En la Prensa francesa se ha puesto ahora de moda lo que allí llaman *reporter fantaisiste*, que algunos traducen por *caprichoso*, y es un señor original, excéntrico y de viva imaginación que se dedica á las *enquêtes* extravagantes y á curiosar lo que al mismo demonio no se le ocurriría.

Un periódico á la moderna, bien hecho, si ha de ganar dinero, necesita tener redactores especialistas en cada una de las cosas que suelen apasionar al público. En la Prensa extranjera están bien delineados los campos en los cuales cada periodista ha de ejercitar su talento y actividad. Cuentan con el redactor político, científico, artístico, de crítica religiosa, de *sport*, teatral, de crímenes y sucesos callejeros, cronista, financiero, de salón, judicial, etc., etc. El *hacer un crimen* como Dios manda, para que la curiosidad de los lectores se excite hasta el grado máximo, es cosa más



Carrera de ciclistas celebrada con motivo de la fiesta mayor de Hostafranchs.

difícil de lo que muchos creen. En la Prensa extranjera esta clase de trabajos van siempre firmados y muchos de sus autores han alcanzado fama mundial. La descripción de causas y procesos es una sección que no falta nunca en los periódicos extranjeros y á la cual se la da tanta importancia que es una de las mejor retribuidas y que cuenta más lectores.

En España los periódicos suelen buscar redactores que, como las criadas de tres duros, *sirvan para todo*, y generalmente el periodista que *sirve para todo* no suele servir para nada, fuera de alguna maravilla de la clase. ¿Razón? Muy sencilla.

La vida del hombre es muy corta; la suma de conocimientos que exige la vida moderna es mucha y muy compleja; el tiempo hábil para estudiar escaso; es muy difícil, pues, ser universal ó polígrafo, y, por tanto, el que quiera hacer las cosas

bien debe dedicarse á cultivar un género especial una de las ramas per iodísticas, y aun en una materia determinada se necesita mucho tiempo, tesón y habilidad para sobresalir y crearse una firma.

Pero los redactores llamados *fantaisistes* han sentado plaza de capitanes generales en la Prensa y para ellos son todos los mimos y halagos en las grandes Redacciones.

El redactor *fantaisiste* es terrible y se le ocurren unas cosas.. Un día penetra en un gran taller de mujeres y va preguntando una á una de qué clase gasta las medias, si de hilo ó de algodón, y al tropezar con un número respetable que las llevaban de seda y caladas el redactor deduce consecuencias trascendentales. Otro va preguntando á los escritores y literatos qué clase de bebida alcohólica pretieren y se encuentra con la desagradable sorpresa de que los ilustrados rechazan las bebidas delicadas y los licores finos y se entusiasman por el ron barato y la *absenta* de á peseta el litro.

Ahora acaba un *fantaisiste* en París de averiguar que los hombres son más aficionados á mirarse al espejo que las mujeres. La idea no tiene nada de original, porque yo, que soy *fantaisiste* para el uso privado, había ya hecho esa observación hace mucho tiempo. Mi puesto de estudio era uno de los divanes de la sala de descanso del teatro Eldorado, que tienen encima un gran espejo. Ni uno solo de los que pasaban dejaban de echar una mirada al vidrio tentador, dulcificando su fisonomía y adoptando posturas interesantes. Algu-



Señoritas que p residieron la fiesta ciclista de Hostafranchs.

perar una audiencia y del cual no sabían ni el domicilio ni el nombre.

Todos los demás medios que empleé también dieron un resultado infructuoso, hasta el de la policía. ¡Quién se iba á ocupar del más miserable de los hombres!

### III.

Estaba desesperado. Una mañana, á los dos meses, poco más ó menos, de nuestro encuentro en los Campos Elíseos, recibí por vía indirecta una carta; la abrí con triste presentimiento y lei esta lacónica frase:

“Querido amigo: Ven, voy á morir.”

Las señas que venían adjuntas indicaban una estrecha callejuela de Montmartre.

No pude llorar y corrí en busca de mi infeliz amigo; llegué al fin siguiendo las indicaciones de la carta, á una casa de miserable aspecto; pero que, á pesar de ello, tenía sus cinco pisos, y me dispuse á subirlos por una escalera que producía vértigo. Llegué, y sobre el lecho del dolor encontré á mi desgraciado y entusiasta amigo. Su cara y su cuerpo estaban aún más escuálidos que el día que le ví en los Campos Elíseos. La mirada, nuraña, salvaje y casi insensata; la llama indefinible de sus ojos había desaparecido; su mirada, apagada y fría, y las horribles rosetas de sus carrillos, se habían extendido por efecto de la consunción general.

Temblando, pero con expresión de calma, me tendió la mano, diciéndome:

—Te agra tezcó que hayas venido... perdóname.

El tono sonoro, extraño y dulce con el cual pronunció esas palabras me impresionó quizás más que su aspecto. Le estreché la mano y lloré.

—Hace —añadió después de una pausa— más de un año, me parece, que nos vimos en el alegre Palais Royal. No he

pesadamente sobre las patas de su hermoso perro, que lanzó un doloroso gruñido, lanzando sobre su dueño una mirada como pidiéndole que no tomase á broma mis objeciones.

—¿Ves? No es bueno confundir lo cómico con lo serio —le dije—. Pero dejemos esto á un lado y dime: en caso que consintieras en abandonar los proyectos que acabas de exponerme, ¿cuéntas con algún otro medio para hacerte una reputación?

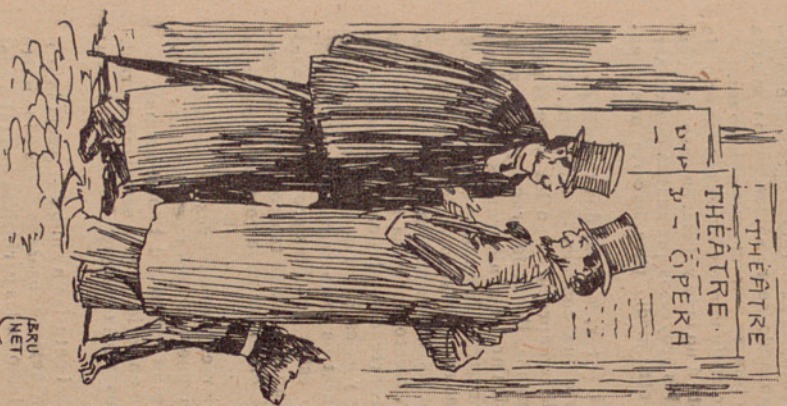
—Claro que sí —me dijo—; y, á pesar de tu manía de contradecirme, voy á hacerte una confidencia completa. No ignorarás que no hay nada tan aprecia o en los salones parisienses como esas romanzas llenas de gracia y de ternura, producto del gusto particular del genio francés, ó bien esos *lieder* importados de nuestra Alemania y que aquí han adquirido derecho de ciudadanía, gozando de gran popularidad. Este género es uno de los que se adaptan más particularmente á mi modo de ser. Siento en mí la facultad creadora en esta rama especial del arte con algunas cualidades notables. Haré oír mis *lieder* y no es difícil que tenga tanta suerte como cualquiera de nuestros compatriotas. Tendré la fortuna de otros y con sólo estas sencillas producciones podré cautivar la atención de un director de teatro, que se apresurará, sin duda alguna, á encargarme la composición de una ópera.

El perro volvió á quejarse; pero esta vez fui yo quien, en una violenta contracción que hice para retener unas ganas atroces de reír, había pisado una pata del noble animal.

—Pero ¿qué! hablando en serio, ¿tienes semejantes creencias y abrigas tan locos pensamientos? Pero ¿dónde has visto?...

—¡Dios mío! —replicó mi entusiasta amigo—, ¿sería la primera vez que sucediese semejante cosa? ¿Es necesario citarte un ejemplo? He leído en los periódicos que tal ó cual director de teatro se ha conmovido profundamente por la audición de una romanza, que tal ó cual poeta se ha impresionado por el talento extraordinario de un artista desconocido y cómo en aquel instante y de común acuerdo se comprometieron el uno á escribir el libreto y el otro á asegurar la representación de la obra.

—¿Pero crees tú en todo eso? —le dije suspirando profun-



damente—. ¿Esos artículos de periódico han llegado á extrañar hasta tal extremo tu credididad? Muchísimo, puedes creerlo, que llegue el día en que te persuadas de que no se debe dar crédito ni á una tercera parte de todos esos rectores de teatro tienen otras muchas cosas de qué ocuparse más importantes que el oír romanzas para volverse locos de entusiasmo; y, además, ¡admitámos esto!; suponte que ese fuera un medio de adquirir reputación; ¿quién iba á cantar tus romanzas?

—¿Quiénes? Toma, pues cualquiera de esos célebres *virtuosos* de uno y otro sexo que creen un deber recomendar al público las producciones de talentos desconocidos ó postergados; ¿Crees que en esto también estoy influido equivocadamente por algún pernicioso artículo de periódico?

—Amigo querido, bien sabe Dios—le dije—que no pretendo negar la bondad de corazón de nuestros principales cantantes; pero para llegar hasta semejante protección, ¿no hay,

—¿Dónde vives?—le dije, sujetándole con más fuerza.—Dímelo, llévame á tu casa y hablaremos del corazón, de la amistad y hasta de tus proyectos.

—Bien pronto los conocerás. ¿Ves ese gato? Pues él va á ser mi fortuna. Figúrate qué efecto cuando de ese morro fino y delicado y de entre esa fila de perlas surjan melodías cromáticas, acompañadas de gemidos y sollozos. ¿No te das idea de ello? ¡Bah! no tienes imaginación! ¡Quita allá, carcos de ideales!

Le retuve con más fuerza y renové mi súplica, y él, sin hacerme caso, volvía su mirada hacia el gato con una sobreexaltación febril.

—Todo depende de él—decía—¡fortuna, gloria, consideración; todo, todo está entre sus patitas aterciopeladas. Dios haga que me concedas tus favores; eres amable y galante hasta la exageración; pero, al fin y á la postre, eres un gato; mas no me importa, no; espera, te reduciré á la impotencia; tengo un hermoso perro... ¡Victoria, he ganado! Pero ¿y mi perro?

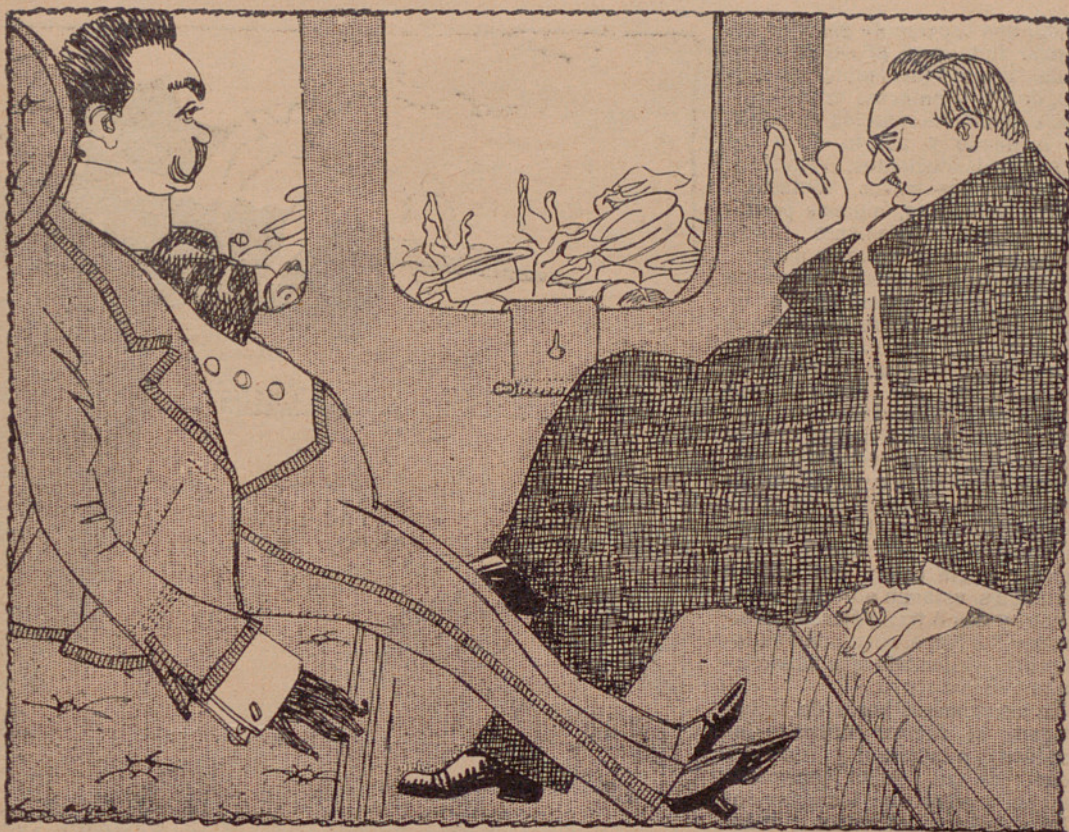
Había dicho las anteriores palabras acompañadas de un grito ronco y de un movimiento de exaltación extraordinaria. Miró á su alrededor buscando á su perro.

En este momento pasaba sobre un magnífico caballo un hombre elegantísimo; á su lado corría orgullosamente un hermoso perrazo de Terranova.

—¡Ah!—exclamó mi amigo lleno de rabia—. ¡Ah, maldito; mi perro, mi perro! ¡Inglés del demonio, dame mi perro!

Voló entonces como una flecha en su persecución; pero al mismo tiempo el jinete puso, por casualidad, al galope su caballo, seguido del perro. Corrí á mi vez; pero todo inútil. ¿Qué esfuerzos pueden igualar á los de un loco? Vi al inglés, á perro y á mi amigo desaparecer por una de las calles laterales que conducen al barrio de Roule.

Desaparecieron y baste decirlos que todos mis esfuerzos para encontrar á mi amigo fueron inútiles. Roto, despedazado, excitado yo mismo por un inexplicable delirio, tuve que interrumpir provisionalmente mis pesquisas. Me informé en todos los sitios relacionados con la música, y nada, siempre nada; sólo en la Ópera los empleados subalternos creían recordar una especie de fantasma que iba frecuentemente á es-



- No me resultan estos andaluces, francamente.  
- Me parece que es usted el que no les resulta á ellos.

nos se embobaban tanto en la contemplación de su imagen que daban un tremendo tropezón en los escalones de la escalerilla; otros se detenían con su acompañante haciendo que hablaban, pero sólo con el fin de prolongar su *visión*. Otros se paraban á encender el cigarro, y los había tan despreocupados que se arreglaban la corbata, se atusaban el bigote y se colocaban bien el sombrero con la ingenuidad del que se halla solo en su alcoba. Las mujeres, las pobrecitas mujeres, á quienes tanto hemos calumniado y titulado de fútiles y vanidosas, pasaban ante el espejo veloces, como avergonzadas, y la que se decidía á mirarlo lo hacía con tal rapidez, arte y disimulo que había que estar muy al tanto de la cosa para cazar el gesto. Corolario: que los hombres son mucho más fatuos que las mujeres y el que se quiera convencer de ello colóquese en el citado diván de Eldorado, bajo el espejo, y estudie las miradas de los que cruzan y pasean. Es muy contado el mortal que escapa á la tentación de *darse una puñalada*, como se llama á esto en el *argot* madrileño.

Muchas veces habrá visto el lector hombres parados delante de escaparates que exhiben objetos muy poco adecuados para excitar la curiosidad masculina, como figuras de porcelana, cajitas de bombones, zapatos de niño, frascos de esencias, etcétera.

-¿Qué mirará tanto este señor?—nos solemos preguntar.

Nos acercamos y entonces lo comprendemos todo; detrás de aquellos objetos y sirviéndoles de fondo hay un espejo.

Yo tuve una vez la *fantasía* de celebrar una

*enquête* privada con los dueños de las cinco perfumerías más afamadas de Barcelona.

-¿Quién gasta más en perfumería, los hombres ó las mujeres?

-Los hombres—me respondieron unánimes.

A uno de ellos le hice la pregunta en esta forma:

-¿Qué sexo predomina en la clientela de usted?

Y respondió con adorable ingenuidad:

-Al parecer, el masculino.

Devolvamos, pues, á las mujeres la fama que les hemos quitado de serias y formales y reconozcamos que el sexo feo se va volviendo demasiado *coquetón* y que se pone *muy tonto*.

Al menos así lo han evidenciado los *reporters fantaisistes*.

FRAY GERUNDIO.

## BACCARAT

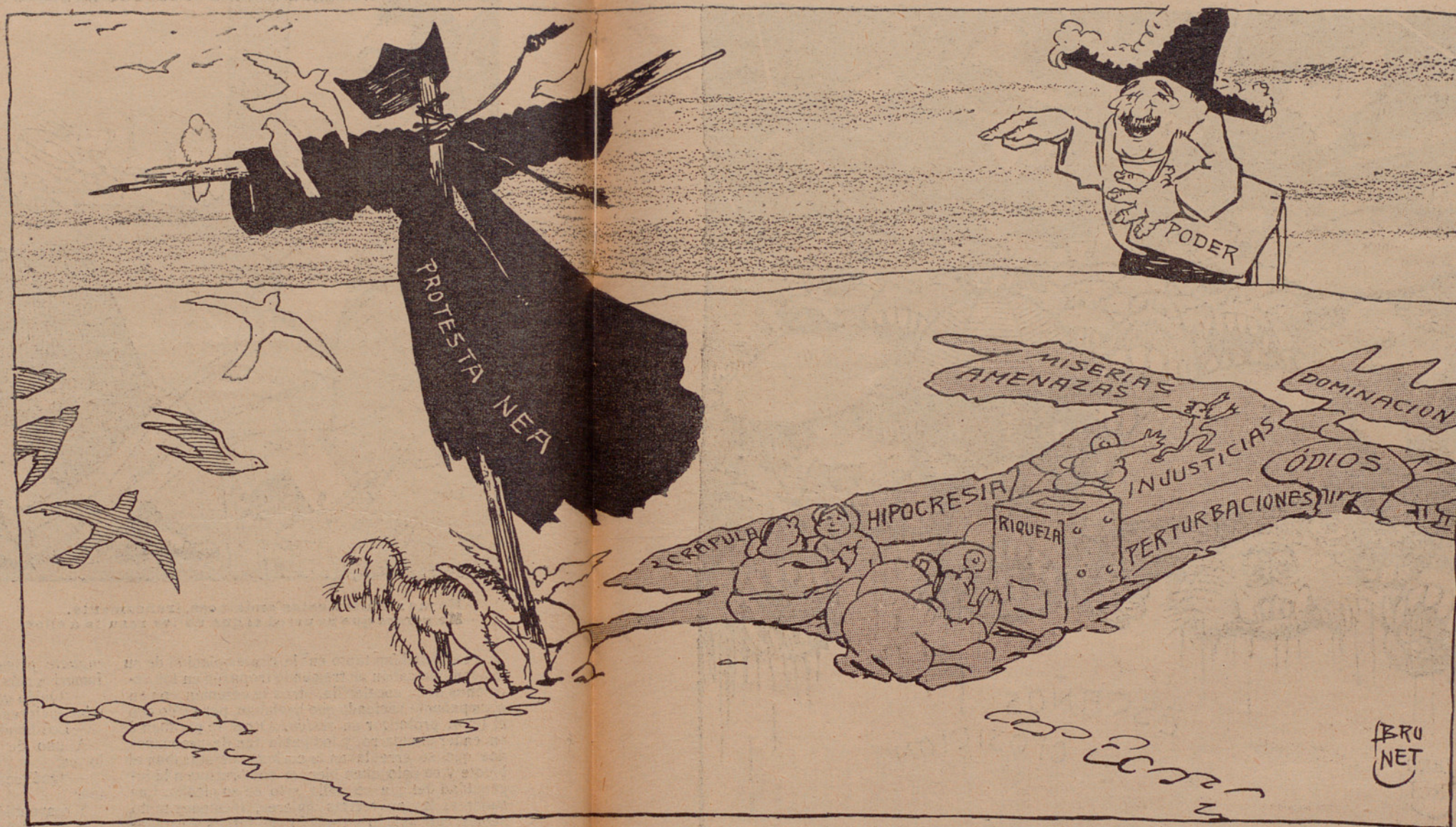
Había mucha gente en la gran sala de juego del Casino. Tipos á la moda, profesionales del *bac*, reinas de la *season*, agentes de Bolsa, *bookmakers*, sablistas, *rasias*, ingleses de gorra y *smoking*, norteamericanos de frac y Panamá, hetairas de cuenta corriente en el Banco ó de equipaje embargado en el hotel, pero vestidas con el mismo lujo; damas que, á la salida del teatro, pasaban un instante por el *baccarat* á tomar un sorbete mientras sus amigos tallaban, siempre con éxito feliz, un puñado de luises. Una bruma suti-

lísima, una especie de perfume luminoso flotaba en el salón. Espaciadas como islas, las mesas verdes, donde acontecían cosas graves, estaban cercadas de un público inclinado y atento, bajo los focos resplandecientes. A lo largo de los blancos muros, sentadas á ligeros veladores, algunas personas cenaban rápidamente. No se oía un grito; sólo un vasto murmullo. Aquella multitud, compuesta de tan distintas razas, hablaba en francés, lengua discreta en que es más suave el vocabulario del vicio. Entre el rumor de las conversaciones, acentuado por toques de plata y de cristal ó cortado por silencios en que se adivinaba el roce leve de las cartas, persistía, disimulado y continuo, semejante al susurro de una serpiente de cascabel, el chasquido de las fichas de nácar bajo los dedos nerviosos de los puntos. Hacía calor. Los anchos ventanales estaban abiertos sobre el mar, y dos ó tres pájaros, atraídos por las luces, revoloteaban locamente, golpeando sus alas contra el altísimo techo.

En las primeras horas de la madrugada se fueron retirando los cortes con la moral y con la higiene, los que tenían contratada una ración amorosa y los aburridos y los pobres, y los cucos que defienden su ganancia, y también los que se levantan temprano por exigencias de sport. No funcionaba sino la mesa central, la de las bancas monstruosas. Una fila de puntos con número y dos filas de puntos de pie la rodeaban. Detrás los que se resignaban á no ver hacían penosamente llevar las puestas á su misterioso destino. Tallaba un ruso. Ante él, apoyado á un bloque de porcelana, yacía el flexible prisma de los naipes, impenetrable como la muerte. Los *croupiers*, indiferentes, movían sus palas delgadas, colocando las fichas, el oro, los billetes azules, los albos *banknotes*. «Hagan juego, señores... hagan juego... no va más... no va más...» Las mujeres, apretando sus senos contra las espaldas de los hombres, deslizaban un brazo desnudo hacia la mesa; nadie se estremecía al contacto de la carne bella; no eran mujeres ni hombres, eran puntos. «No va más...» El banquero paseaba sus tristes ojos grises por el tapete para dar cuenta de la importancia del golpe; miraba un momento las pilas de fichas redondas de cien francos, el ptecas de veinticinco luses, cuadradas de cincuenta, los terribles cartones donde está escrito un 5,000, un 10,000... y luego, con voz monótona, decía: «Todo va.» Ponía un largo dedo pálido sobre el paquete de cartas y las distribuía lentamente. «Ocho... carta... no... seis... buenas...» Y los *croupiers* pagaban, ó bien con sus paletas, afiladas como hoces, segaban los paños, llevándose todo. El ruso, si le iba bien, apuraba las barajas hasta el último naipe; si le iba mal, clavaba de pronto una carta en mitad del paquete

y pujaba banca nueva, con el mismo gesto elegante y desolado. La insaciable ranura de la mesa tragaba su tanto y se volvía á empezar: «Hagan juego, señores... hagan juego... no va más... no va más... doy... nueve... no... cinco... siete...» Una cortesana gallega, gloria cosmopolita, copaba de tarde en tarde. Su mano, oculta por los rubies y las esmeraldas, hacía un signo; mientras se volcaban las cartas, el negro de sus iris adquiría una fijeza feroz; en sus párpados oscuros se leían treinta años de orgía, pero sus dientes centelleaban entre sus pintados labios de diosa y su torso, de un acero que templaron las danzas, se erguía en plena juventud, sosteniendo la imperial cabeza, coronada de bucles tenebrosos... Y el banquero, que no la cobraba nunca, se contentaba con sonreír imperceptiblemente bajo su bigote claro...

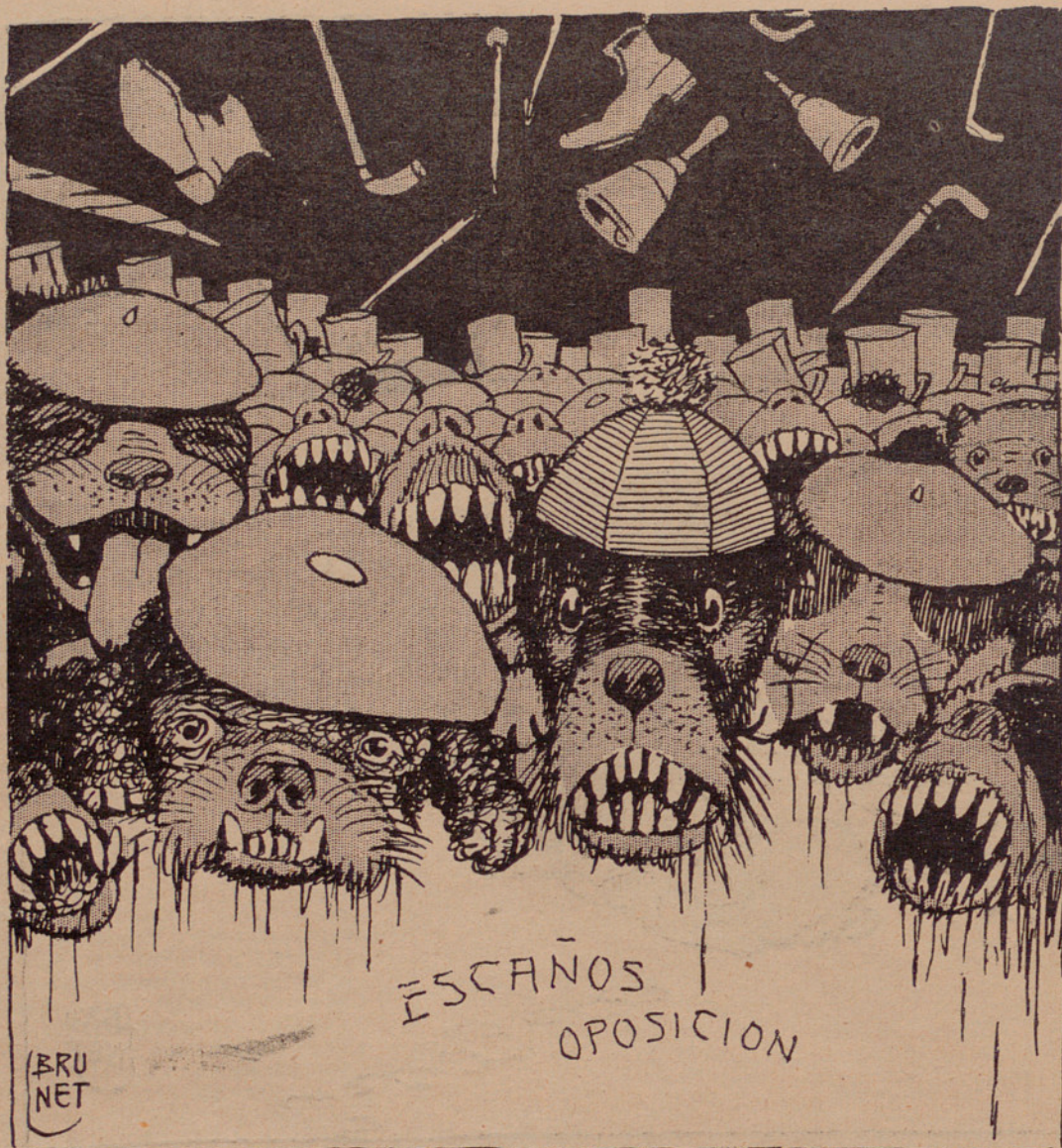
Dieron las tres. El ruso, la bailarina y la mayor parte de los puntos se habían marchado. Hacía



Don Pepe, satisfecho: —Eso ya no asusta ni á los pájaros; sólo queda su sombra, que ya es harto dañina.

fresco. Los mozos cerraron las ventanas. Con un suspiro de satisfacción, los verdaderos devotos del *baccarat* se instalaron cómodamente. Ahora podían saborear los pases, seguir á su gusto todos los arabescos de la casualidad, perderse con delicia en todos los meandros de lo desconocido. Los caballeros pedían café ó *whisky*, ellas sorbían por una paja menta mezclada con hielo. Talló un provinciano con fisonomía de procurador, después un cronista del bulevar, y otros después... Con fraternidad de enfermos en un sanatorio, los puntos se cuchicheaban las eternas frases: «Dos semanas de *guigne*... no he conseguido doblar aún... ha pasado seis veces... yo en mala tiro á cinco... yo al revés... yo no, depende del temperamento del banquero... por fin un pase... yo no juego más que á mi mano...» Los *croupiers*, autómatas, movían las palas... «Hagan juego, señores... hagan juego... no va más... Doy carta... carta... *baccarat*...

ocho... tres...» Una señora de cuarenta años, ó de cien, jugaba invariablemente cinco luses por golpe. Usaba una amplia bolsa de mallas de oro, con cierre incrustado de perlas, donde guardaba el estuchito de las inyecciones, el dinero y una bolsa con polvos de arroz. Con celeridad impasible se empolvaba, se pintaba los labios de rojo y los ojos de negro y resucitaba así por quince minutos. A su lado un jovencito lampiño, que apuntaba el *minimum*—cinco francos—, contemplaba las perlas, y la señora, con una indulgencia en que había algo de maternal y algo de infame, le prestó diez luses. El incesante chasquido de las fichas sonaba en el salón casi desierto. Los que ganaban cambiaban las chicas por las grandes; los que perdían cambiaban las grandes por las chicas, y siempre, entre los dedos infatigables, había fichas arregladas y vueltas á arreglar en montoncitos de á diez, de á cinco, de á dos, ó confundidas, separadas y



Como animales feroces  
rugirán en el Congreso.

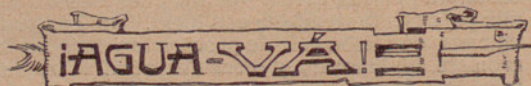
¡Mas no pasarán de abí;  
son los malos y los menos!

barajadas interminablemente. Poco á poco fueron enmudeciendo los jugadores. Dieron las cuatro. No se pronunciaban ya sino las palabras rituales... «No va más... doy... carta... no quiero... buenas... siete... *baccarat*...» Todo estaba inmóvil menos los dedos, pálidas arañas, los naipes y las fichas. Una claridad repugnante se infiltró en el ambiente, untando de pus aquellas caras de muertos: «No va más... carta... carta... nueve... buenas... buenas...» Y sobre la mesa se divertía el azar, arremolinando las fichas, despidiendo el oro de un bolsillo á otro. El azar era el único que jugaba allí. Dieron las cinco, las seis y las seis y media...

Al cabo los cadáveres se fueron á acostar. Los cocheros roncaban en sus pescantes. La morfímana y el jovencito prefirieron regresar al hotel por la playa. El sol llenaba el Universo de un resplandor insoportable. El mar azul brillaba, preci-

pitando sus hondas paralelas. La brisa batía las lonas contra los mástiles, y un viejo pescador, abatido, de color de tierra, caminaba trabajosamente, con los harapos de su red al hombro...

RAFAEL BARRETT.



El senador por Tarragona don Juan María Forgas ha sido *agraciado* por el Gobierno con la gran cruz de Isabel la Católica por los servicios prestados á la monarquía y al partido liberal.

Nosotros felicitáramos también al señor Forgas si en vez de esa cruz le hubieran concedido la baronía que tenía solicitada.

Pues siempre es más digno de felicitación el que logra ser barón que el que es *crucificado*.

tante del *tan tan*, los golpes eternos del bastón de Polichinela! Pues bien, ¿por qué no he de procurarme la protección del director? Voy á presentarme inmediatamente; aquí, por lo menos, no tendré que hacer antesala; un paso y héme en el santuario, delante del que con una mirada no dejaré de ver en mí la luz del genio. ¿Tendré aquí también que temer la competencia? El gato quizás... ¡En fin, entremos antes de que se haga tarde!

Al terminar estas palabras, el hombre del soliloquio quiso precipitarse en la barraca del Polichinela. Apenas tuvo tiempo de reconocer á mi amigo, y, dispuesto á evitarle esa enojosa diligencia, le sujeté por el traje.

—¿Quién va?—dijo.

No tardé en reconocerme y, apartándose desdenosamente de mí, añadió:

—Debí sospechar que tú serías el único que quisiese apartarme de esta última tentativa, la única tabla de salvación que me queda. Déjame; quizás sea ya tarde.

Le volví á sujetar y hasta conseguí alejarle algo del teatro; pero no pude conseguirlo del todo.

Entretanto pude examinarle con detenimiento... ¡Y en qué estado lo encontré, Dios mío! No me refiero á su modo de vestir, que era pobrísimo, sino á sus facciones, que presentaban un aspecto aterrador. El buen humor había desaparecido; miraba á su alrededor de una manera fija y animada; sus mejillas, pálidas y hundidas, revelaban algo más que el dolor moral. Como le miraba con el más profundo sentimiento de aflicción, pareció conmoverse al observarlo y apenas si trató de alejarse.

—¿Qué haces, querido R...?—le dije—. Y tu hermoso perro, ¿lo has vendido?

—¡Calla, miserable!—me dijo con voz sombría—. ¡Calla! Acaso eres como el inglés. ¿Mi perro? ¡Me lo han robado!

—Ven, ven—le dije emocionado—, ven; llévame á tu casa y allí hablaremos.

—No tendrás que preguntarme dentro de poco dónde vivo; estoy sobre el camino que conduce á la fortuna y á la gloria; huye, vete; ¿de qué te sirve predicar á un sordo? Vete, descreído; ya verás dentro de poco; pero, entretanto, déjame, si no quieres que crea que eres mi mayor enemigo.

por ventura, que pasar por muchas exigencias? No sabes las numerosas é influyentes protecciones que se necesitarían para atraer la benevolencia de esos nobles corazones y para vencerles de que realmente eres un talento oculto. Mi buen amigo, mi excelente amigo, ¿tienes algún otro proyecto que comunicarme?

—¡Quita allá!—me contestó levantándose—. Aunque los tuviera más numerosos que las arenas del mar, no te confiaría ni uno solo. ¡Quita allá! Burlón sempiterno, aparta; no triunfarás, no, no, y sólo te haré una pregunta: dime, vamos, dime, ¿de qué modo se las gobierna uno y cómo se las han arreglado para darse á conocer esos grandes artistas que han llegado ya á la gloria?

—Ve y pregúntaselo á uno de ellos. Yo, por mi parte, lo ignoro.

—Ven acá—gritó á su perro—. Ya no eres mi amigo—me chilló—; á pesar de tu burla, no cederé. ¡Dentro de un año, acuérdate bien, dentro de un año podrás saber mi domicilio por boca del primer pilluelo que pase á tu lado ó te informaré del sitio donde vendrás á verme morir!

Luego silbó á su perro de una manera agria y estridente y desapareció con rapidez.

## II.

En los primeros días que siguieron á nuestra separación, cuando vi venir al suelo todos los medios puestos en práctica para encontrar á mi amigo, pude conocer lo injusto y torpe que estuve para combatir las nobles susceptibilidades de su espíritu altamente entusiasta y me pesó no haber usado mejores armas que aquellas objeciones frías y poco sinceras que empleé para convencerle.

En mi loable intención de apartarle, en lo que fuese posible, de sus proyectos, olvidé que no tenía que habérmelas con un hombre ligero y flexible á quien es fácil convencer, sino con un espíritu firme y lleno de ardiente fe en la verdad

incontestable de su arte, que le convertía de alable y pacífico en rudo y de una testarudez á toda prueba.

Seguramente, pensó, á estas horas andará por las calles de París con la firmísima confianza de que poniento en práctica cualquier de sus proyect s verá brillar en los carteles su oscuro nombre. De fijo que da unos centimillos á algún viejo pordiosero, bien seguro de que dentro de unos meses podrá darle unas pesetas.

Cuanto más tiempo transcurría más infructuosos eran mis esfuerzos para descubrir el paradero de mi amigo y casi casi me déte llevar por alguna esperanza, confiando en su imperturbable tenacidad; asf es que de vez en cuando echaba alguna que otra ojeada, inquieta y curiosa á la vez, sobre los carteles, para ver si por casualidad descubría en ellos su nombre.

Cosa rara; cuanto más temía no encontrarle más crecía la confianza de que quizás mi amigo pudiera conseguir sus ideales. Es más, llegué á creer que, mientras yo le buscaba afanosamente, la originalidad de su talento habría sido reconocida y apreciada por algún alto personaje, que quizás ya le habría encargado algunos trabajos importantes, de los cuales sacaría honra y provecho, Y, después de todo, ¿por qué no?

Precisamente porque no veía ni una romanza, ni una sinfonía, ni ninguna obra del género fácil firmada por mi amigo, suponía yo que estaba ocupado en la realización de sus vastos proyectos, y que, desdénando una reputación modesta, se había centrado en cuerpo y alma á la composición de una ópera en cinco actos por lo menos.

Bien es verdad que me chocaba no oír pronunciar su nombre en las reuniones de artistas, á las que yo asistía; pero como no eran muy frecuentes mis vistas, supuse que mi mala estrella me alejaba precisamente de los centros donde su gloria brillaba, sin duda, con resplandor vivísimo.

No se pondrá en duda que debió pasar mucho tiempo antes de que el doloroso interés que me inspiraba mi amigo se convirtiera en una confianza ciega, sin límites, en su buena estrella. Para llegar á ese estado tuve que pasar por muy distintas fases: el temor, la incertidumbre, la esperanza, al fin, así es que casi había transcurrido un año desde mi en-

cuentro en el Palais Royal con un hermoso perro y un artista entusiasta.

En este intervalo, unas afortunadas especulaciones me habían llevado á tal prosperidad, que, siguiendo el ejemplo de Polycrates, no podía menos de temer alguna gran desgracia y hasta se me figuraba que la sufría de antemano.

En esta disposición de espíritu me dirigí á los Campos Eliseos. Estábamos en otoño; las hojas verdes, desprendidas de los árboles, alombraban el suelo y el cielo parecía envolver el magnífico paseo con un manto gris. Sin embargo, Polichinela no dejaba de entregarse, como de costumbre, á esos accesos de su antigua y apaleadora cólera. Lleno de ciegos furor, el atrevido se burlaba de la justicia de los hombres, hasta que al fin cedía á los tremendos arañazos del príncipe infernal, representado por un gato encadenado.

De pronto oí cerca de mí, á poca distancia del modesto teatro, testigo de los gritos y terribles hazañas de Polichinela, una voz de extraño acento que decía lo siguiente:

—¡Admirable en verdad, admirable! ¿Cómo me las arreglé para buscar tan lejos de mí lo que tenía al alcance de mi mano? ¿Y es tan despreciable este teatro, donde las verdades más conmovedoras del arte y la política se desarrollan en presencia de un público quizás el más impresionable y menos exigente del Universo?

Este héroe temerario, ¿no es el propio don Juan?

Este gato blanco, de belleza terrible, ¿no es rasgo por rasgo el gobernador á caballo?

¿Qué importancia artística no tendrá este drama cuando yo le haya adaptado mi música? ¡Qué órganos tan sonoros los de estos artistas! ¡Y el gato, ah, el gato! ¡Qué tesoros tan ocultos hay en su admirable garganta! Todavía no ha hablado, todavía es un demonio; pero ¡qué indecible efecto no producirá cuando cante los admirables trinos que sabré calcular para su voz!

¡Qué incomparable *portamento* en la celestial escala cromática que le destino!

¡Qué terrible será su sonrisa cuando diga este pasaje que ha de tener tan prodigioso éxito!

—¡Oh, Polichinela, te has perdido!, ¡Qué plan más admirable y, además, qué excelente pretexto para el empleo cons-

\*\*\*  
 Por más que estoy orgulloso  
 de haber nacido en España,  
 país que, aunque chico y pobre,  
 adoro con toda el alma;  
 aunque el nombre de español  
 por otro no lo trocara,  
 hoy, por razones que crec  
 al más necio se le alcanzan,  
 diera por ser portugués  
 todo, menos la esperanza  
 de que también a aquí un día  
 tengamos... lo que nos falta.  
 \*\*\*

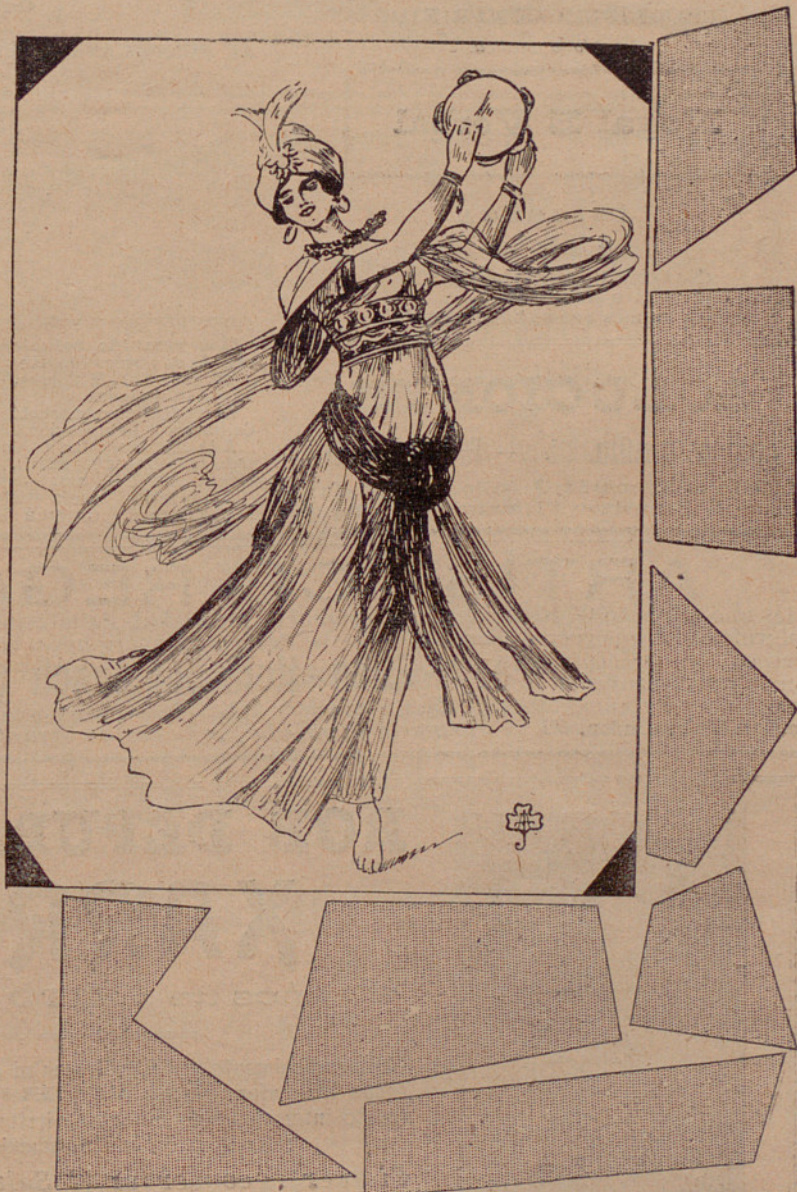
Con acierto, con tesón  
 y en uso de un gran derecho  
 que salvará a la nación,  
 los portugueses han hecho  
 la ansiada revolución.  
 Si yo con sinceridad  
 felicito al pueblo amigo  
 me expongo a una atrocidad.  
 Por esta razón no digo  
 que me alegro... aunque es verdad.  
 \*\*\*

Tras de amenazar tres meses  
 los neos se han reunido  
 para jalear al Papa

y dar unos cuantos pitos,  
 y aunque habían anunciado  
 un tremendo cataclismo  
 sigue España como estaba  
 y el mundo sigue lo mismo.

La jarana neo carca  
 únicamente ha s rvido  
 para que unos cuantos neos  
 recibieran el domingo  
 las contundentes caricias  
 de unos cuantos que han querido  
 demostrar que hay un sistema  
 para arreglar el conflicto  
 que torpemente han armado  
 los frailes y los obispos.

## Concurso n.º 92 - LA DANZA - Premio de 50 pesetas



Precisa, para optar al premio, que se haga desaparecer la bailarina. ¿Cómo? Pues recortando los fragmentos que aparecen fuera del cuadro en que figura aquélla y colocándolos sobre la misma de modo que quede completamente oculta. La solución se publicará el 29 del corriente. El plazo para la admisión de soluciones terminará el día 23. Si los solucionistas fueran dos ó más se distribuirá entre ellos por partes iguales el premio de 50 pesetas.

## EL DILUVIO

A quien ha causado un deplorable efecto la revolución portuguesa ha sido al *caudi lo* radical.

Don Alejandro, al conocer la sensacional noticia, frunció el ceño y exclamó con voz airada:

—¡No faltaba sino que esos portugueses nos empujaran á la revolución! ¡Tan bien como voy en el machitol...

¿Que porque el vecino reino  
hállase en revolución?  
¡Porque allí don Alejandro  
no tiene voto ni voz!



### JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

de Adolfo Biedma.

**Nogal E Verbal**

### ANAGRAMA

de Nick-Cartró.

¿No sabes tú, Quasimodo,  
que nuestro amigo *total*  
hace un mes que se ha ido á *todo*?

## SOLUCIONES

### Al concurso núm. 91. — MONOGRAMAS

1, Nicolás Salmerón; 2, Julio Ferry; 3, Julio Simón; 4, Francisco Pi Margall; 5, Miguel

Angel Buonarroti; 6, Francisco Goya Lucientes; 7, Otto, Príncipe de Bismarck; 8, Emilio Zola; 9, Manuel Duran Bas; 10, Antonio Cánovas del Castillo; 11, Francisco de Quevedo Villegas; 12, Praxedes Mateo Sagasta; 13, Miguel Servet.

Entre las soluciones recibidas no hay ninguna exacta.

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 24 de Septiembre.)

### AL JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

Tudela

A LA CHARADA

Mariano

AL JEROGLÍFICO

Genaro

### AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS



Han remitido soluciones. — Al rompecabezas con premio de libros: Montserrat Mas, Mariano Poch, José Jové, José Tor, P. Torres, Enrique Vilaplana, R. Grau y Alvaro Fernández.

Al jeroglífico comprimido: María Bielsa, F. Hernández de Barros y Juan Antúnez.

A la charada: María Güell, Mariano Poch, Nick Cartró, Juan Deu (Sabadell), Pedro Escapa (Sabadell), F. Hernández de Barros.

Al logogrifo: María Bielsa, Nick Cartró, Juan Deu, Pedro Escapa y F. Hernández de Barros.

## ARTÍSTICO REGALO

á los que padecen de Neurastenia, Inapetencia, Debilidad, Palpitaciones de corazón y demás enfermedades que reconozcan por base la desnutrición orgánica, comprando al autor seis frascos del poderoso **Fosfo-Glico-Kola Doménech** costarán sólo pesetas 21, tónico-reconstituyente y se regalará una artística maleta metálica, litografiada, de muchas aplicaciones. Muestras gratis al autor, **Ronda de San Pablo, núm. 71.** — *Farmacia premiada por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona.*



## ROB DEPURATIVO XARRIÉ

40 años de ÉXITO VERDAD

=====

Cura radicalmente y sin molestar ni debilitar al enfermo todas las enfermedades **HERPÉTICAS** (tanto internas como externas), irritaciones de garganta, riñones, escrófula, forunculosis, etc.

*Si queréis conservar la Salud y la Belleza  
tomad el Rob Xarrié*

DE VENTA en todas las principales farmacias y grandes droguerías de España y Ultramar.

**¡Tuberculosos!!  
¡Anémicos!  
¡Neurasténicos!**

**NO DESESPERÉIS**

hasta haber probado nuestro  
tratamiento especial

Curaréis si nos consultáis a tiempo

==O==

**CLÍNICA del Dr. CROUS**

CARMEN, 56, pral.

**DESCONFIAR**

**DE IMITACIONES**

El citrato de Magnesia Granulado Efervescente de Bishop, originalmente inventado por Alvaro Bishop, es la única preparación pura entre las de su clase. No hay ningún sustituto «tan bueno». Póngase especial cuidado en exigir que cada frasco lleve el nombre y las señas de Alvaro Bishop, 48, Spelman Street, London.

En Farmacias. — Desconfiar de Imitaciones

**MAGNESIA DE BISHOP**

# LA COSMOPOLITA

**EMPRESA DE POMPAS FÚNEBRES**

**FUNERARIA DEL SAGRADO CORAZÓN**

**ESPECIALIDAD EN ATAÚDES DE LUJO**

**ANTONIO QUINTILLA**  
S. en C.



RONDA UNIVERSIDAD · 31

(TELÉFONO 2480)

SUCURSAL: ARIBAU · 17 (TELÉFONO 2490)

**BARCELONA**

## PÍDASE PARA CURAR LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS ELIXIR POLIBROMURADO AMARGÓS

**QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS**

**UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES**

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito), HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migraña), COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZÓN, TEMBLORES, DELIRIO, DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA y toda clase de Accidentes nerviosos.

**Farmacia del Dr. AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9.**

*Imp. de EL PRINCIPADO, Escudillers Blancs, 3 bis, bajo.*



ALLÁ Y AQUÍ